

minotauro

# URSULA K. LE GUIN

EN EL OTRO VIENTO

HISTORIAS DE TERRAMAR 5



URSULA K.

LE GUIN

EN EL OTRO VIENTO

minotauro

# 1

## Enmendando el cántaro verde

Largas y blancas velas como alas de cisne llevaban al barco *Vuelalejos* a través del aire estival de la bahía desde los promontorios fortificados hacia el puerto de Gont. Una criatura del viento que se deslizaba sobre las tranquilas aguas del embarcadero, tan segura y graciosa que un par de pescadores cerca del viejo muelle le dieron la bienvenida con entusiasmo, agitando los brazos para saludar a los tripulantes y al único pasajero de pie en la proa.

Era un hombre delgado con un paquetito y una vieja capa negra, probablemente un hechicero o un pequeño comerciante, nadie importante. Los dos pescadores observaron el bullicio en el muelle y en la cubierta del barco mientras todos se preparaban para descargar la mercancía, y únicamente echaron un vistazo al pasajero con un poco de curiosidad cuando, al dejar el barco, uno de los marineros hizo un gesto a sus espaldas, el pulgar y el meñique de la mano izquierda apuntando hacia él: «¡Y no regreses nunca!».

El hombre dudó unos instantes en el paseo marítimo del malecón, se cargó el paquete al hombro y partió rumbo a las calles del puerto de Gont. Eran calles muy animadas, y enseguida se metió en el mercado de pesca-

dos, repleto de vendedores ambulantes y regateros, las piedras del empedrado brillantes, llenas de balanzas de pescado y salmuera. Si tenía pensado algún camino a seguir, pronto lo perdió entre carros y casetas y muchedumbres y las frías miradas fijas de los peces muertos.

Una mujer alta y anciana giró sobre sus talones frente a la caseta en la que había estado insultando la frescura del arenque y la veracidad de la pescadera. Al ver que ella lo miraba con furia, el extraño dijo imprudentemente:

—¿Tendría usted la amabilidad de indicarme el camino que debo tomar para ir a Re Albi?

—Vaya, hombre, y empiece por ahogarse en excremento de cerdo —dijo la alta mujer y se alejó dando zancadas, dejando al extraño extenuado y abatido.

Pero la pescadera, al ver una oportunidad para aprovechar su superioridad, dijo gritando:

—¿Re Albi, ha dicho? ¿Pregunta sobre Re Albi, hombre? ¡Hable más alto, pues! La casa del viejo mago, eso debe de ser lo que usted busca en Re Albi. Sí, debe de ser eso. Entonces salga por allí, por esa esquina, y suba por la calle Elvers, allí, ¿lo ve? Hasta llegar a la torre...

Una vez estuvo fuera del mercado, las anchas calles lo condujeron cuesta arriba y más allá de la torre de vigilancia hasta una de las puertas de la ciudad. La guardaban dos dragones de piedra de tamaño natural, con dientes grandes como su antebrazo, los ojos de piedra brillando ciegamente sobre la ciudad y la bahía. Un guardia holgazán le dijo que simplemente tenía que girar a la izquierda al principio del camino y estaría ya en Re Albi. «Y siga avanzando a través de la aldea hasta llegar a la casa del viejo mago», añadió.

De modo que subió con dificultad, por el camino bastante empinado, mirando hacia arriba a medida que avanzaba por las cuestas más empinadas y llegaba

a la cima más alejada de la montaña de Gont, que sobresalía de su isla como de una nube.

Era un largo camino y un día muy caluroso. No tardó en quitarse la capa negra y siguió con la cabeza descubierta y en mangas de camisa, pero no había pensado en buscar agua o comprar comida en la ciudad, o acaso se había sentido demasiado cohibido como para hacerlo, puesto que no era un hombre familiarizado con las ciudades ni alguien que se sintiera cómodo en presencia de extraños.

Después de varias largas millas, alcanzó una carreta que llevaba viendo desde hacía mucho rato allá en lo alto del polvoriento camino, como una mancha negra en una bruma blanca de polvo. Crujía y chirriaba a medida que avanzaba, manteniendo el paso de un par de pequeños bueyes que parecían tan viejos, arrugados y poco prometedores como un par de tortugas. Saludó al carretero, quien se parecía mucho a los bueyes. El carretero no dijo nada, pero parpadeó.

—¿Encontraré agua subiendo por este camino? —preguntó el extraño.

El carretero sacudió lentamente la cabeza. Después de un largo rato dijo:

—No. —Y un poco después agregó—: No hay.

Todos siguieron caminando con paso cansino. Desanimado, al extraño le resultaba muy difícil ir más rápido que los bueyes, con lo que iba avanzando una milla por hora, más o menos.

Se dio cuenta de que el carretero le estaba alcanzando algo sin pronunciar una palabra: era una gran jarra de arcilla envuelta en mimbre. La tomó, y al encontrarla muy pesada, bebió agua hasta hartarse, dejándola apenas más liviana cuando se la devolvió al anciano junto con su agradecimiento.

—Sube —dijo el carretero después de un rato.

—Gracias. Caminaré. ¿Cuánto falta para llegar a Re Albi?

Las ruedas chirriaban. Los bueyes lanzaban profundos suspiros, primero uno, luego el otro. Sus pieles polvorientas emanaban un aroma dulce bajo los ardientes rayos del sol.

—Diez millas —dijo el carretero. Pensó, y luego rectificó—: O doce. —Después de un rato agregó—: No menos.

—Entonces será mejor que camine —dijo el extraño.

Vigorizado por el agua, pudo adelantarse a los bueyes, y cuando ellos y la carreta y el carretero habían quedado ya a una distancia considerable, oyó otra vez la voz del carretero:

—Rumbo a la casa del viejo mago —dijo. Si era una pregunta, parecía no necesitar respuesta. El viajero siguió caminando.

Cuando comenzó a subir por aquel camino, todavía tenía sobre sí la inmensa sombra de la montaña, pero cuando giró hacia la izquierda rumbo a la pequeña aldea que creyó era Re Albi, el sol ardía en el cielo de Poniente y debajo de él se extendía el mar, blanco como el acero.

Había varias casas pequeñas dispersas, una pequeña y polvorienta plaza, una fuente con un fino chorro de agua cayendo de ella. Se acercó hasta allí, bebió de sus manos una y otra vez, puso la cabeza debajo del chorro, se frotó los cabellos con agua fría y dejó que esta cayera por sus brazos; luego se sentó un rato sobre el borde de piedra de la fuente, mientras era observado en atento silencio por una niña y dos niños mugrientos.

—No es el herrero —dijo uno de los niños.

El viajero se peinó los cabellos húmedos hacia atrás con los dedos.

—Irá de camino a la casa del viejo mago —dijo la niña—. Tonto.

—¡Aaaah! —dijo el niño, dibujando una horrible mueca hacia un lado, y tirando de la niña con una mano mientras arañaba el aire con la otra.

—Ya verás, Stony —dijo el otro niño.

—Puedo llevarte hasta allí —le dijo la niña al viajero.

—Gracias —contestó él, y se puso de pie fatigosamente.

—No tiene vara, ¿lo ves? —dijo uno de los niños.

—Nunca dije que tuviera una —respondió el otro.

Ambos lo observaban con ojos adustos mientras el extraño seguía a la niña hasta salir de la aldea por un sendero que iba hacia el norte a través de pasajes rocosos que caían en abruptas pendientes hacia la izquierda.

El sol brillaba intensamente sobre el mar. Su luz deslumbraba al viajero, y el alto horizonte y el vuelo del viento le mareaban. La niña era una pequeña sombra saltarina delante de él. El viajero se detuvo.

—Vamos —dijo la niña, pero ella también se detuvo. Él se acercó a ella en el sendero—. Allí está —dijo la niña.

El viajero vio una casa de madera cerca del borde del acantilado, todavía bastante lejos.

—No tengo miedo —dijo la niña—. A menudo le voy a recoger huevos que el padre de Stony lleva al mercado. Una vez me dio melocotones. La vieja. Stony dice que los robé, pero nunca hice algo así. Vamos, acércate. La vieja no está allí ahora. Ninguno de ellos está allí.

Se quedó de pie sin moverse, señalando la casa.

—¿Ninguno de ellos?

—Bueno, el viejo sí. Se llama Viejo Halcón.

El viajero siguió adelante. La niña se quedó allí de pie observándolo hasta que él llegó a la casa, giró en una esquina y lo perdió de vista.

Dos cabras miraban fijamente al extraño desde un terreno bien cercado. Un grupo de gallinas y polluelos ya crecidos picoteaban y conversaban suavemente entre las altas hierbas bajo árboles de melocotones y de ciruelas. Había un hombre encaramado a una pequeña escalera apoyada contra el tronco de uno de los árboles; tenía la cabeza entre las hojas, y el viajero podía ver solamente sus largas piernas desnudas.

—Hola —dijo el viajero, y después de un rato lo repitió, un poco más fuerte.

Las hojas se agitaron y el hombre bajó rápidamente de la escalera. Tenía una mano llena de ciruelas, y, tras el último peldaño, ahuyentó a un par de abejas que se habían acercado atraídas por el zumo. Se acercó; era un hombrecillo de baja estatura, con la espalda recta, cabellos grises peinados hacia atrás encuadrando un rostro atractivo y marcado por el paso del tiempo. Parecía tener unos setenta años. Viejas cicatrices, cuatro costuras blancas, atravesaban un lado de su rostro bajando desde el pómulo izquierdo hasta la mandíbula. Su mirada era clara, directa, intensa.

—Están maduras —dijo—, aunque mañana estarán aún mejor. —Tendió su mano llena de pequeñas ciruelas amarillas.

—Señor Gavilán —dijo el extraño con voz ronca—. archimago...

El anciano hizo una breve inclinación de cabeza a modo de reconocimiento.

—Ven a la sombra —le invitó.

El extraño lo siguió, e hizo lo que se le indicaba: se sentó sobre un banco de madera a la sombra de un árbol nudoso que había cerca de la casa; aceptó las ciruelas, que habían sido enjuagadas y servidas en una cesta de mimbre; comió una, luego otra, luego una tercera.

Cuando el anciano se lo preguntó, admitió que no había comido nada en todo el día. Se quedó sentado mientras el dueño de la casa entraba en ella y salía al poco rato con pan, queso y cebolla; mientras comía, bebía del tazón de agua que su anfitrión le ofreció. Este comía ciruelas para hacerle compañía.

—Pareces cansado. ¿Desde dónde has venido?

—Desde Roke.

La expresión en el rostro del anciano era difícil de leer. Simplemente dijo:

—Nunca lo hubiera dicho.

—Soy de Taon, señor. Fui de Taon hasta Roke. Y allí el señor Maestro de las Formas me dijo que viniera hasta aquí. Que acudiera a usted.

—¿Por qué?

Fue una mirada formidable.

—Porque *tú atravesaste la Tierra Oscura y regresaste con vida...* —La voz ronca del extraño se fue desvaneciendo.

El anciano terminó la frase:

—*Y llegaste a las lejanas costas del día*. Sí. Pero eso fue dicho como augurio antes de la llegada de nuestro rey, Lebannen.

—Tú estabas con él, señor.

—Así es. Y él ganó su reino allí. Pero yo en cambio dejé el mío allí. De modo que no me llames con ningún título. Halcón, o Gavilán, como más te guste. ¿Cómo deberé llamarte yo a ti?

El hombre murmuró su nombre:

—Aliso.

Estaba claro que la comida y la bebida, y la sombra y el hecho de sentarse lo habían relajado, pero todavía se veía exhausto. Había en él una fatigosa tristeza; una que le teñía todo el rostro.

El anciano le había hablado con una nota de dureza en la voz, pero esta había desaparecido cuando le dijo:

—Pospongamos un rato la charla. Has navegado casi mil millas y has caminado otras quince cuesta arriba. Y yo tengo que echar agua a las habichuelas y a la lechuga y a todo, puesto que mi esposa y mi hija me han dejado a cargo del jardín. Así que descansa un rato. Podremos hablar con el frescor del anochecer. O con el de la mañana. Pocas veces hay tanta prisa como yo solía pensar que había.

Cuando regresó media hora más tarde, su invitado estaba totalmente tendido sobre su espalda en la fresca hierba debajo de los árboles de melocotones.

El hombre que había sido archimago de Terramar se detuvo con un cubo en una mano y un azadón en la otra y observó al extraño dormido.

—Aliso —dijo en voz baja—. ¿Cuál es el problema que traes contigo, Aliso?

Le pareció que si quería conocer el nombre verdadero de aquel hombre lo sabría simplemente pensando, concentrándose en ello, como podría haberlo hecho cuando era mago.

Pero no lo sabía, y el mero hecho de pensar no le daría la respuesta que buscaba; tampoco era un mago.

No sabía nada acerca de este Aliso y debía esperar a que él se lo contara. —Nunca compliques los problemas —se dijo, y se fue a echar agua a las habichuelas.

Tan pronto como la luz del sol fue bloqueada por un bajo muro de rocas que descendía desde la cima del acantilado cerca de la casa, el frío de la sombra despertó al hombre. Se incorporó con un escalofrío, luego se

puso de pie, un poco agarrotado y desconcertado, con trozos de hierba en los cabellos. Al ver a su anfitrión llenando cubos en el pozo y arrastrándolos con dificultad hasta el jardín, se acercó para ayudarle.

—Bastará con tres o cuatro más —dijo el exarchimago, distribuyendo el agua entre las raíces de una hilera de jóvenes repollos. El aroma que desprendía la tierra húmeda era agradable en el aire seco y cálido. La luz de poniente llegaba dorada y rota sobre la tierra.

Se sentaron sobre un largo banco junto a la puerta de la casa para ver la puesta de sol. Gavilán había traído una botella y dos tazones gruesos y achaparrados de cristal verdoso.

—Es el vino del hijo de mi esposa —dijo—. De la granja de Roble, en el valle septentrional. Un buen año, siete años atrás. —Era un vino tinto, fuerte, que enseguida hizo entrar a Aliso en calor. El sol se puso en una tranquila claridad. El viento amainó. Los pájaros que estaban en las ramas de los árboles del huerto cantaron los últimos comentarios del día.

Aliso se había quedado pasmado al saber por boca del Maestro de las Formas de Roke que el archimago Gavilán, ese hombre de leyenda, que había traído al rey de regreso a su hogar desde el reino de la muerte y después se había alejado volando sobre el lomo de un dragón, todavía seguía con vida.

—Sigue con vida —dijo el Maestro de las Formas—, y vive en su isla natal, Gont. Te digo lo que no muchos saben —había añadido—, porque creo que necesitas saberlo. Y creo que sabrás guardar su secreto.

—¡Pero entonces todavía es archimago! —había exclamado Aliso, con una especie de regocijo: porque para todos los hombres del arte había sido un misterio y una preocupación el hecho de que los hombres sa-

bios de la isla de Roke, la escuela y el centro de la magia en el archipiélago, no hubieran nombrado a un archimago para que reemplazara a Gavilán en todos los años del reinado del rey Lebannen.

—No —había dicho el Maestro de las Formas—. Él ni siquiera es ya un mago.

El Maestro de las Formas le había contado un poco la historia de cómo Gavilán había perdido su poder, y por qué; y Aliso había tenido tiempo para meditar al respecto. Pero aun así, al estar allí, en presencia de aquel hombre que había hablado con dragones, y había traído de regreso al rey de Erreth-Akbé, y había atravesado el reino de los muertos, y había gobernado el archipiélago antes que el rey, todas aquellas historias y canciones estaban presentes en su mente. A pesar de verlo viejo, contento con su jardín, sin ninguna clase de poder en él o a su alrededor más que el de una alma formada por una larga vida de pensamientos y acciones, seguía viendo a un gran mago. Y por lo tanto le perturbaba terriblemente que Gavilán tuviera una esposa.

Una esposa, una hija, un hijastro... Los magos no tenían familia. Un hechicero común y corriente como Aliso podía casarse o no, pero los hombres de verdadero poder eran célibes. Aliso podía imaginarse a aquel hombre sobre el lomo de un dragón, eso era bastante fácil, pero pensar en él como esposo y padre era otra cuestión. No podía concebirlo. Lo intentó. Le preguntó:

—Tu... esposa... ¿Está ella entonces con su hijo?

Gavilán regresó desde muy lejos. Sus ojos habían estado en los golfos del oeste.

—No —dijo—. Está en Havnor. Con el rey.

Después de un rato, regresando ya por completo, agregó:

—Fue hasta allí con nuestra hija justo después de la Larga Danza. Lebannen mandó buscarlas, para pedirles consejo. Tal vez con respecto al mismo tema que te trae hasta aquí. Ya veremos... Pero la verdad es que esta noche estoy cansado, y no muy dispuesto a sopesar cuestiones importantes. Y tú también pareces estar cansado. Así que quizás te apetezca un tazón de sopa, y otro vaso de vino, y dormir un poco. Ya hablaremos por la mañana.

—Con mucho gusto, señor —dijo Aliso—, excepto lo de dormir. Eso es lo que temo.

Al anciano le llevó un rato asimilar aquello, pero luego dijo:

—¿Temes dormir?

—Les temo a los sueños.

—Ah. —Una mirada profunda desde aquellos ojos oscuros bajo unas cejas enmarañadas y medio grises—. Creo que te has echado una buena siesta allí en la hierba.

—El sueño más dulce que he tenido desde que abandoné la isla de Roke. Estoy muy agradecido por esa ayuda, señor. Tal vez vuelva a ser así esta noche. Pero si no lo es, lucho con mi sueño, y grito, y me despierto, y soy una carga para cualquiera que se encuentre cerca de mí. Dormiré fuera, si me lo permites.

Gavilán asintió con la cabeza.

—Será una noche muy agradable —dijo.

Era en efecto una noche agradable, fresca, una leve brisa del mar desde el Sur, las estrellas del verano iluminando todo el cielo excepto donde se cierne la oscura cima de la montaña. Aliso acomodó el camastro y la piel de carnero que le diera su anfitrión sobre la hierba en la que había dormido antes.

Gavilán se acostó en el pequeño nicho que había en el extremo oeste de la casa. Había dormido allí de

niño, cuando la casa pertenecía a Ogion y él era su aprendiz de hechicera. Tehanu había dormido allí durante los últimos quince años, puesto que había sido su hija. Ahora que ella y Tenar no estaban, cuando se acostaba en la cama de él y de Tenar en el oscuro rincón de la única habitación, sentía su propia soledad, así que había retomado la costumbre de dormir en el nicho. Le gustaba esa estrecha cama que salía del grueso muro de madera de la casa, justo debajo de la ventana. Dormía bien allí. Pero aquella noche no fue así.

Antes de medianoche, al ser despertado por un grito, por voces fuera de la casa, se levantó de un brinco y fue hasta la puerta. Era Aliso luchando con sus pesadillas, entre soñolientas protestas que llegaban desde el gallinero. Aliso chillaba con la voz velada de los sueños y luego se despertó, incorporándose presa del pánico y de la angustia. Le pidió perdón a su anfitrión y le dijo que se quedaría un rato despierto bajo las estrellas. Gavilán regresó a la cama. No fue Aliso quien volvió a despertarlo, sino que esta vez fue él quien tuvo un mal sueño.

Estaba de pie junto a un muro de piedras cerca de la cima de una extensa ladera de hierbas secas y grises que descendía y se iba perdiendo en sombras hasta la oscuridad. Sabía que había estado allí antes, que había estado allí de pie, pero no sabía cuándo, ni qué lugar era aquel. Había alguien de pie al otro lado del muro, en el lado que bajaba la ladera, no muy lejos de allí. No podía divisar el rostro, solo que se trataba de un hombre alto, con una capa. Sabía que lo conocía. El hombre le habló, utilizando su verdadero nombre. Le dijo:

—Pronto estarás aquí, Ged.

Con un frío que le calaba hasta los huesos, se incorporó, mirando fijamente para ver el espacio de la casa que lo rodeaba, para cubrirse con la realidad de ese

espacio como con una manta. Miró las estrellas a través de la ventana, y fue entonces cuando el frío llegó hasta su corazón. No eran las estrellas del verano, tan queridas, familiares, la Carreta, el Halcón, los Bailarines, el Corazón del Cisne. Eran otras, las pequeñas estrellas inmóviles de la tierra seca, que nunca salen ni se ponen. Hubo una vez en que conoció sus nombres, cuando conocía los nombres de las cosas.

—¡Fuera! —dijo casi gritando, e hizo el gesto para alejar a la desgracia que había aprendido cuando tenía diez años. Su mirada fue hasta la puerta abierta de la casa, hacia el rincón de detrás de la puerta, en donde le pareció ver que la oscuridad tomaba forma, coagulándose y elevándose.

Pero su gesto, a pesar de no tener poder alguno, lo despertó. Las sombras detrás de la puerta eran simplemente sombras. Las estrellas del otro lado de la ventana eran las estrellas de Terramar, que palidecían ahora con el primer resplandor del amanecer.

Se sentó sosteniendo la piel de carnero alrededor de los hombros, observando aquellas estrellas que se iban apagando a medida que caían hacia poniente, observando la creciente claridad, los colores de la luz, el juego y el cambio del próximo día. Había pesar en su interior, no sabía por qué, una pena y un anhelo por algo querido y perdido, perdido para siempre. Estaba acostumbrado a eso; había querido muchas cosas, y había perdido muchas; pero su tristeza era tan grande que no parecía suya. Sentía una tristeza en el mismísimo corazón de las cosas, un pesar incluso con la llegada de la luz. Aquel pesar se le había aferrado desde el sueño, y todavía estaba con él cuando despertó.

Encendió un pequeño fuego en la gran chimenea y fue hasta los melocotoneros y hasta el gallinero para

coger el desayuno. Aliso llegó por el sendero que iba hacia el norte a lo largo de la cima del acantilado; había salido a dar un paseo con las primeras luces del día, dijo. Parecía agotado, y Gavilán se quedó impresionado una vez más ante la tristeza de su rostro, que hacía eco del profundo pesar que siguiera a su propio sueño.

Tomaron un tazón de gachas de cebada tibia, tal como solían hacer los campesinos de Gont cada mañana, un huevo pasado por agua, un melocotón; comieron junto a la chimenea, puesto que el aire matutino a la sombra de la montaña era demasiado frío como para quedarse sentados afuera. Gavilán se ocupó de los animales: alimentó a las gallinas, les tiró granos para que comieran a las palomas, dejó entrar a las cabras en el pasturaje. Cuando regresó se sentaron una vez más en el banco que estaba en el patio de entrada a la casa. El sol todavía no estaba sobre la montaña, pero el aire era cada vez más seco y cálido.

—Ahora sí, cuéntame qué te trae por aquí, Aliso. Pero puesto que vienes desde Roke, primero dime si todo está bien en la Casa Grande.

—No he entrado en ella, señor.

—Ah. —Tono de voz inexpresivo, mirada inexpresiva—. ¿Se encuentra bien el Maestro de las Formas?

—Él mismo me dijo: «Dale todo mi amor y mi honra a mi señor, y dile que me gustaría que camináramos juntos por el bosquecillo como solíamos hacerlo».

Gavilán sonrió con un poco de tristeza. Después de un rato dijo:

—Pues bien. Pero te envió a mí con algo más que decir aparte de eso, supongo.

—Intentaré ser breve.

—Hombre, tenemos todo el día por delante. Y a mí me gusta oír las historias desde el principio.

De modo que Aliso le contó su historia desde el principio.

Era el hijo de una bruja, nacido en el pueblo de Elini en Taon, la isla de los Arpistas.

Taon está en el extremo austral del mar de Éa, no muy lejos de donde yacía Soléa antes de que el mar la sumergiera. Ese era el antiguo corazón de Terramar. Todas aquellas islas tenían Estados y ciudades, reyes y magos, cuando Havnor era una tierra de tribus enfrentadas y Gont, una jungla gobernada por osos. La gente nacida en Éa o en Ebéa, en Enlad o en Taon, pensaba que podía ser hija de un acequiador o hijo de una bruja, se consideran a sí mismos descendientes de los antiguos magos, compartiendo el linaje de guerreros que murieron en los años oscuros por la reina Elfarran. Por lo tanto, suelen tener excelentes modales, aunque a veces también un modo excesivamente altanero, y una disposición de ánimo y discurso bastante imprevisible, cierta tendencia a elevarse por sobre los meros hechos y palabras; palabras y hechos en que aquellos que ocupan gran parte de sus mentes con asuntos de comercio no confían demasiado. «Cometas sin hilo», dicen los hombres ricos de Havnor al referirse a esta gente. Pero no lo dicen nunca al alcance del oído del rey Lebanen de la Casa de Enlad.

Las mejores arpas de Terramar se fabrican en Taon, donde también hay escuelas de música, y muchos intérpretes famosos de los cantares y las gestas nacieron o aprendieron su arte allí. Elini, sin embargo, no es más que un pueblo de mercado en las colinas, sin música a su alrededor, decía Aliso; y su madre era una pobre mujer, aunque no fuera, tal como él dijo, pobre de hambre. Tenía una marca de nacimiento, una mancha roja desde la ceja y oreja derechas que bajaba cla-

ramente hasta su hombro. Muchas mujeres y hombres con semejante señal o diferencia en su persona se convierten forzosamente en brujas o en hechiceros, «marcados para eso», dice la gente. Zarzamora aprendió hechizos y podía llevar a cabo la clase más común y usual de brujería; no tenía un verdadero don para ello, pero sí una manera particular de hacerlo que era casi tan buena como el propio don. Se ganaba la vida, y educó a su hijo lo mejor que pudo, y ahorró lo suficiente como para lograr que fuera aprendiz del hechicero que le diera su nombre verdadero.

Aliso no dijo nada acerca de su padre. No sabía nada. Zarzamora nunca había hablado de él. Aunque casi nunca eran célibes, las brujas raras veces estaban en compañía de un hombre durante más de una o dos noches, y era algo muy poco frecuente que una bruja se casara. Era mucho más frecuente que dos de ellas compartieran sus vidas; a eso se le llamaba matrimonio de brujas o voto femenino. El hijo de una bruja, por lo tanto, tenía una o dos madres, no tenía padre. Pero Aliso no dijo nada acerca de ese tema, y Gavilán no preguntó nada al respecto; sí preguntó acerca de la formación de Aliso.

El hechicero Alcatraz le había enseñado a Aliso las pocas palabras que conocía de la Lengua Verdadera, y algunos hechizos de descubrimiento e ilusión, para los cuales Aliso había demostrado no tener talento alguno, según él mismo confesó. Sin embargo, Alcatraz se interesó bastante por el muchacho y logró descubrir su auténtico don. Aliso era un enmendador. Podía volver a unir, a juntar. Podía formar un todo. Una herramienta rota, la hoja de un cuchillo o un eje partido en dos, un cuenco de cerámica hecho añicos: podía volver a reunir todos y cada uno de los fragmentos sin juntura

ni costura ni defecto. De modo que su maestro lo envió en busca de diferentes hechizos de enmienda, los cuales encontró principalmente entre brujas de la isla, y trabajó con ellos y sin la ayuda de nadie para aprender a enmendar.

—Esa es una clase de curación —dijo Gavilán—. No es un don de poca importancia, ni un arte fácil de realizar.

—Para mí era un placer —dijo Aliso, con la sombra de una sonrisa en el rostro—. Entrenarse en los hechizos, y a veces descubrir cómo utilizar una de las palabras verdaderas en el trabajo... Volver a unir un barril que se ha secado, las duelas sueltas de sus aros, eso es un verdadero placer: ver cómo se construye de nuevo, una sinuosidad en la curva adecuada, y allí está, listo sobre su fondo para volver a llenarlo de vino... Había un arpista de Meoni, un gran arpista, ah, tocaba como una tormenta en lo alto de las colinas, como una tempestad en el mar. Tocaba con fuerza las cuerdas del arpa, las hacía vibrar y tiraba de ellas con la pasión de su arte, de modo que solían romperse justo en el punto más álgido de la música. Así que me contrató para que estuviera cerca de él cuando tocaba, y cuando rompía una cuerda yo la enmendaba de inmediato, en el lapso de tiempo que ocupaba esa mismísima nota, y él seguía tocando.

Gavilán asentía con la cabeza con la calidez de un colega profesional en una conversación de trabajo.

—¿Has enmendado algo de cristal? —preguntó.

—Sí, lo he hecho, pero es un trabajo peliagudo y requiere mucho tiempo —respondió Aliso—, por todos los pequeñísimos trocitos en los que se convierte el cristal al romperse.

—Pero un gran agujero en el talón de un calcetín puede ser peor —dijo Gavilán, y hablaron acerca de

enmiendas durante un rato más, antes de que Aliso retomara su historia.

Así pues, se había convertido en un enmendador, en un hechicero con una práctica modesta y una reputación local por su don. Cuando tenía aproximadamente treinta años, fue a la ciudad principal de la isla, Meoni, con el arpista, quien tenía que tocar allí en una boda. Una mujer lo buscó en las habitaciones que ocupaba con el arpista, una mujer joven que no había sido preparada como bruja, pero que tenía un don, decía ella, el mismo que él, y quería que él la preparase. De hecho, resultó que su don era mayor que el de él. Aunque no conocía ni una sola palabra del habla antigua, podía volver a unir todos los trozos de un jarrón hecho pedazos y enmendar una soga deshilachada únicamente con los movimientos de sus manos y una canción sin letra que cantaba en voz baja; también había curado extremidades rotas de animales y de gente, lo cual Aliso nunca se había atrevido a hacer.

Así que más que él enseñarle a ella, unieron sus destrezas y se enseñaron más el uno al otro de lo que ninguno había sabido nunca. Ella regresó a Elini y vivió con Zarzamora, la madre de Aliso, quien le enseñó a realizar varias apariciones y efectos y formas de impresionar a los clientes, de mucha utilidad a falta de verdaderos conocimientos. Su nombre era Lirio, y Lirio y Aliso trabajaban juntos allí y en los pueblos cercanos de la colina, a medida que su reputación iba creciendo.

—Y me enamoré de ella —dijo Aliso.

Su voz había cambiado cuando empezó a hablar de ella, había perdido su vacilación, sonaba cada vez más apremiante y musical.

—Tenía los cabellos oscuros, pero con un destello de oro rojo —dijo.

No había habido manera en que él pudiera ocultar el amor que sentía por ella, y ella había sido consciente de ese amor y le había correspondido. Fuera una bruja o no, aseguraba que no le importaba; decía que los dos habían nacido para estar juntos, en su trabajo y en su vida; ella le amaba e iba a casarse con él.

De modo que se casaron, y vivieron con inmensa felicidad durante un año, y la mitad de un segundo año.

—No había habido absolutamente ningún problema hasta que llegó el momento en que la criatura tenía que nacer —dijo Aliso—. Pero entonces ya era tarde, y luego muy tarde. Las comadronas intentaron provocar el nacimiento con hierbas medicinales y con hechizos, pero era como si el niño no permitiera que ella lo pariera. No quería ser separado de ella. No quería nacer. Y no nació. Se la llevó con él. —Después de un rato, agregó—: Éramos muy felices.

—Ya veo.

—Y mi pesar fue tan grande como esa felicidad.

El anciano asintió con la cabeza.

—Pude soportarlo —dijo Aliso—. Ya sabes cómo es. No veía que hubiera muchas razones para seguir viviendo, pero pude soportarlo.

—Sí.

—Pero en el invierno, dos meses después de su muerte, tuve un sueño. Ella estaba en el sueño.

—Cuéntamelo.

—Yo estaba de pie en la ladera de una colina. A lo largo de la cima de esa colina y bajando por la pendiente había un muro, bajo, como un muro que separa pasturajes de corderos. Ella estaba de pie del otro lado del muro, en la ladera que iba cuesta abajo. Allí todo era más oscuro.

Gavilán asintió una vez con la cabeza. Su rostro se había puesto tan duro como una roca.

—Me llamaba. Oí su voz diciendo mi nombre, y fui hasta ella. Sabía que estaba muerta, lo sabía en el sueño, pero me alegró ir. No podía verla claramente, y fui hasta ella para verla bien, para estar con ella. Y me tendió la mano a través del muro. Estaba justo a la altura de mi corazón. Había pensado que tal vez tendría con ella a la criatura, pero no era así. Tendía las manos hacia mí, y entonces yo tendí las mías hacia ella, y nos cogimos las manos.

—¿Os tocasteis?

—Yo quería ir hacia ella, pero no podía atravesar el muro. Mis piernas no querían moverse. Intenté atraerla hacia mí, y ella quería venir, parecía que podía hacerlo, pero el muro estaba allí entre nosotros. No podíamos traspasarlo. Así que se inclinó hacia mí y me besó en la boca y pronunció mi nombre. Luego me dijo: «¡Libérame!». Pensé que si la llamaba por su verdadero nombre tal vez podría liberarla, llevarla al otro lado de aquel muro, y le dije: «¡Ven conmigo, Mevre!», pero ella me respondió: «Ese no es mi nombre, Hara, ese ya no es mi nombre». Y soltó mis manos, aunque yo intenté retenerla. Entonces gritó: «¡Libérame, Hara!». Pero iba hundiéndose en la oscuridad. Todo era oscuridad en aquella ladera cuesta abajo detrás del muro. La llamé por su nombre y por su nombre verdadero y por todos los dulces nombres por los que solía llamarla, pero igualmente se alejó de mí. En ese momento me desperté.

Gavilán se quedó un buen rato con la mirada fija y atenta en su visita.

—Me has dado tu nombre, Hara —le dijo.

Aliso parecía un poco aturdido, soltó un par de largos suspiros, pero levantó la vista con un coraje desolador.

—¿En quién podría confiar más para hacerlo? —dijo.

Gavilán se lo agradeció seriamente. —Intentaré merecer tu confianza —le respondió—. Dime una cosa, ¿sabes qué es ese lugar, ese muro?

—En aquel entonces no lo sabía. Ahora sé que tú lo has atravesado.

—Sí. Yo he estado en esa colina. Y he atravesado el muro, con el poder y el arte que poseía. Y he descendido a las ciudades de los muertos, y he hablado con hombres que había conocido en vida, y algunas veces me contestaron. Pero, Hara, tú eres el primer hombre que conozco o del que oigo hablar, de entre todos los grandes magos de la tradición popular de Roke o de Paln o de las Enlades, que ha tocado alguna vez, que ha besado alguna vez a su amada a través del muro.

Aliso estaba sentado con la cabeza inclinada y las manos apretadas.

—¿Puedes decirme cómo fue tocarla? ¿Tenía las manos tibias? ¿Era solo aire frío y sombras, o era una mujer con vida? Perdona mis preguntas.

—Me gustaría poder responder a ellas, señor. En Roke, el Maestro de Invocaciones me preguntó lo mismo. Pero no puedo contestar con certeza. La añoraba tanto tanto, deseaba tanto... Puede que deseara que fuera tal como era en vida. Aunque no lo sé. En los sueños no todas las cosas son claras.

—En sueños no. Pero nunca he oído hablar de ningún hombre que llegara hasta el muro en sueños. Es un sitio al que un hechicero puede intentar llegar, si es que debe hacerlo, si ha aprendido la manera de hacerlo y tiene el poder necesario. Pero sin el conocimiento y el poder, únicamente los muertos pueden...

Y dejó de hablar de golpe, recordando el sueño que él mismo había tenido la noche anterior.

—Pensé que era simplemente un sueño —dijo Ali-so—. Me preocupaba, pero lo apreciaba. Pensar en él era como un tormento en mi corazón, y sin embargo me aferraba a ese dolor, lo mantenía muy cerca de mí. Lo deseaba. Esperaba volver a soñar.

—¿En serio?

—Sí. Y volví a soñar.

Parecía un ciego en medio del abismo azul de aire y océano que se extendía al oeste de donde estaban sentados. Imprecisas y tenues, al otro lado de las tranquilas aguas del mar se alzaban las colinas de Kameber iluminadas por los rayos del sol. Por detrás de ellas, el sol dejaba escapar su luminosidad sobre el lomo septentrional de la montaña.

—Sucedió nueve días después de ese primer sueño. Estaba en ese mismo lugar, pero en lo alto de la colina. Veía el muro debajo de mí a través de la pendiente. Y corrí cuesta abajo, gritando su nombre, seguro de poder verla. Había alguien allí. Pero cuando me acerqué, me di cuenta de que no era Lirio. Era un hombre, y estaba agachado junto al muro, como si estuviera reparándolo. Entonces le dije: «¿Dónde está, dónde está Lirio?». No me contestó, ni siquiera levantó la vista. Pude ver lo que estaba haciendo. No estaba trabajando para arreglar el muro sino para destruirlo, metiendo sus dedos por debajo de una gran piedra. La piedra no se movía, y entonces me dijo: «¡Ayúdame, Hara!». En ese momento me di cuenta de que era mi maestro, Alcatraz, quien me dio mi nombre verdadero. Hace cinco años que está muerto. Seguía empujando y metiendo los dedos por debajo de aquella piedra, y volvió a decir mi nombre: «Ayúdame, libérame». Y luego se puso de pie y tendió la mano para tocarme a través del muro, al igual que lo había hecho ella, y cogió mi

mano. Pero su mano estaba ardiendo, con fuego o con frío, no lo sé, pero su tacto me quemó tanto que aparté mi mano, y el dolor y el miedo que me provocó me despertaron de aquel sueño.

Tenía la mano tendida mientras hablaba, revelando una oscuridad en el dorso y en la palma que parecían una antigua magulladura.

—He aprendido a no dejar que me toquen —dijo en voz baja.

Ged miró la boca de Aliso. Había algo de oscuridad también en sus labios.

—Hara, has estado en peligro mortal —dijo, siempre suavemente.

—Y aún hay más.

Forzando su voz contra el silencio, Aliso siguió con su historia.

La noche siguiente, cuando se durmió una vez más, se descubrió en aquella sombría colina y vio cómo el muro descendía desde la cima y a través de la pendiente. Comenzó a bajar para llegar hasta él, esperando poder encontrar allí a su esposa.

—No me importaba si ella no podía cruzarlo, si yo no podía, con tal de poder verla y hablar con ella —dijo.

Pero si es que ella estaba allí, él nunca pudo verla entre todos los otros: puesto que a medida que se iba acercando al muro comenzó a ver una multitud de gente borrosa del otro lado, algunos claros y otros sombríos, algunos que él parecía conocer y otros que no conocía, y todos tendían sus manos hacia él a medida que se acercaba y lo llamaban por su nombre: «¡Hara, deja que vayamos contigo! ¡Hara, libéranos!».

—Oír el verdadero nombre de uno en boca de extraños es algo terrible —dijo Aliso—, y ser nombrado por los muertos es algo terrible.

Intentó dar media vuelta y volver a subir la cuesta de la colina para alejarse del muro, pero sus piernas tenían la espantosa debilidad del sueño y no querían llevarlo a ninguna parte. Cayó de rodillas para evitar seguir acercándose al muro, y gritó pidiendo ayuda, aunque no había nadie que pudiera ayudarle; y entonces se despertó invadido por el terror.

Desde entonces, cada noche que duerme profundamente, se encuentra de pie sobre aquella colina en la hierba seca y gris por encima del muro, y los muertos se amontonan en sombras debajo de él, implorándole y gritándole, diciendo su nombre.

—Me despierto —dijo— y estoy en mi habitación. No estoy allí, en esa colina. Pero sé que ellos sí están allí. Y tengo que dormir. A menudo procuro despertarme, y dormir durante el día, cuando puedo, pero finalmente tengo que dormir. Y entonces allí estoy, y ellos están allí. Y no puedo subir la pendiente de la colina. Si me muevo siempre es cuesta abajo, hacia donde está el muro. A veces puedo darles la espalda, pero entonces creo oír la voz de Lirio entre las demás, diciendo mi nombre. Y me doy la vuelta para buscarla. Y ellos se acercan a mí.

Bajó la vista para mirarse las manos, apretadas una contra la otra.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó.

Gavilán no dijo nada.

Después de un largo rato, Aliso prosiguió:

—El arpista del que te hablé era un muy buen amigo mío. Después de un tiempo advirtió que algo andaba mal, y cuando le dije que no podía dormir por miedo a mis sueños con los muertos, me alentó para que cogiera un pasaje de barco hasta Éa, para hablar con un hechicero gris que vive allí. —Se refería a un hombre que había

sido entrenado en la escuela de Roke—. Tan pronto como ese hechicero escuchó la historia de mis sueños, dijo que debía dirigirme inmediatamente a Roke.

—¿Cómo se llama?

—Berilo. Trabaja para el príncipe de Éa, que es el Señor de la Isla de Taon.

El anciano asintió con la cabeza.

—Él no podía ayudarme, según dijo, pero su palabra fue tan valiosa como lo fue el oro para el dueño del barco. Así que una vez más viajé sobre las aguas. Ese fue un largo viaje, recorriendo la costa de Havnor y bajando al mar Interior. Pensé que tal vez estando en el agua, lejos de Taon, cada vez más lejos, podría dejar mi sueño atrás. El mago de Éa llamó a ese lugar en mi sueño *la tierra seca*, y yo pensé que tal vez estaría alejándome de ella, puesto que viajaba por el mar. Pero cada noche me encontraba allí en la colina. Y más de una vez cada noche, a medida que fue pasando el tiempo. Dos o tres veces, o cada vez que mis ojos se cierran, estoy en la colina, y el muro debajo de mí, y las voces que me llaman. Así que soy como un hombre enloquecido por el dolor de una herida que puede encontrar paz únicamente en el sueño, pero el sueño es mi tormento, con el dolor y la angustia de los miserables muertos amontonándose junto al muro, y el miedo que siento hacia ellos.

Los marineros pronto comenzaron a rehuirle, decía Aliso, por las noches porque gritaba y los despertaba con sus espantosos alaridos, y durante el día porque pensaban que le habían echado una maldición o un *gebbeth*.

—¿Y no te sentiste aliviado para nada en Roke?

—En el bosquecillo —dijo Aliso, y su rostro cambió por completo cuando pronunció la palabra.

El rostro de Gavilán tuvo por un instante el mismo aspecto.

—El Maestro de las Formas me llevó allí, bajo aquellos árboles, y pude dormir. Incluso por las noches podía dormir. Durante el día, si el sol está sobre mí, como estuvo ayer por la tarde aquí, si la calidez del sol está sobre mí y el rojo del sol brilla a través de mis párpados, no temo soñar. Pero en el bosquecillo no había miedo para nada, y pude volver a amar la noche.

—Cuéntame cómo fue cuando llegaste a Roke.

A pesar del cansancio, la angustia y el sobrecogimiento, Aliso tenía la facilidad de palabra propia de la gente de su isla; y lo que excluyó de su relato por miedo a alargar demasiado la historia o a contarle al archimago algo que ya sabía bien pudo imaginárselo su oyente, recordando su primer viaje a la isla de los Sabios siendo un muchacho de tan solo quince años.

Cuando Aliso abandonó el barco en el muelle de Zuilburgo, uno de los marineros había dibujado la runa de la Puerta Cerrada en la parte superior de la pasarela para evitar que él volviera a subir a bordo de aquel barco. Aliso lo notó, pero pensó que el marinero tenía una buena razón para hacerlo. Se sintió aciago; sintió que llevaba la oscuridad impregnada en su cuerpo. Eso hizo que se volviera más tímido de lo que lo hubiera sido en otra oportunidad en una ciudad desconocida. Y Zuilburgo era una ciudad muy extraña.

—Las calles te conducen por el camino equivocado —dijo Gavilán.

—¡Sí, señor, eso es lo que hacen! Lo siento, mis palabras obedecen a mi corazón, y no a ti...

—No tiene importancia. Una vez me acostumbré a ello. Puedo volver a ser Señor Cabrero, si eso aligera tus palabras. Vamos, sigue.